

Memoria, ideología y lugar en Barcelona

Manuel DELGADO



Ilustración: David Miedes Casas

Manuel Delgado (Barcelona, 1956) -profesor de antropología de la Universidad de Barcelona- es miembro del grupo de investigación *Etnografía de los Espacios Públicos del Institut Català d'Antropologia*. Tiene una dilatada trayectoria docente e investigadora y ha publicado numerosos libros de prestigio como *El animal público* (1999, editorial Anagrama), o el más reciente *El espacio público como ideología* (2011, La Catarata). Se ha destacado por el estudio de la antropología urbana, con especial incidencia en los procesos de ruptura y exclusión social en la ciudad contemporánea.

Dejando al margen la cuestión del ocultamiento de los fracasos infraestructurales y de los exudados en forma de marginalidad que no se han conseguido eliminar, es interesante subrayar que el objetivo del llamado "modelo Barcelona", que se impulsa desde la reinstauración de los ayuntamientos democráticos a finales de los años 70, ha sido el de la generación de un *community spirit*, una personalidad propia precariamente existente hasta entonces en una urbanidad caracterizada por la dispersión social, la pluriétnicidad y la compartimentación provocada por el agregado de barrios fuertemente singularizados y más bien autosegregados de un centro débil y casi imperceptible, que habían ido formando por aluvión el actual conglomerado físico y humano de la ciudad. La producción de significados en que se ha visto comprometida la política urbanística en la capital catalana parece orientada a demostrar cómo el medio ambiente ciudadano puede ser manipulado para hacer de él argumento y refuerzo simbólico de una determinada ideología de identidad, favorecida desde instancias políticas y conveniente a los nuevos planes de promoción de la ciudad ante inversores, turistas y la propia ciudadanía. Existen pocos ejemplos más claros de un proyecto a gran escala

de generación de espacios desplegados con la finalidad de actuar como soporte adaptativo a nuevas realidades, lo que viene a implicar que la Barcelona de hoy podría ser entendida como una suerte de laboratorio donde puede contemplarse cómo se instauran hoy las relaciones entre *ideología y lugar*, así como de la manera como el entorno puede convertirse en sostén de una estructura motivacional y en una guía para la acción.

Las autoridades político-urbanísticas de Barcelona han sido plenamente conscientes de la importancia crucial de una política de lugares de memoria, destinada a deificar determinados espacios a los que se asigna una plusvalía simbólica y a los que se convierte en puntos de calidad en los que la ideología o los valores sociales hegemónicos se revelan. Esa fetichización es lo que hace de un determinado lugar un nudo, un lazo que permite resolver las fragmentaciones, las discontinuidades que el paso del tiempo le impone a la conciencia. El lugar se conduce así haciendo que el presente esté presente en el pasado y el pasado presente en el presente, integrando a uno y a otro en una clasificación de los objetos del paisaje que, en tanto que sistema, no puede ser sino sincrónico.

Este disciplinamiento de la memoria oficialmente promocionado presenta varias plasmaciones, consistentes todas ellas en la instauración de lugares retóricos. Por un lado, en la línea más tradicional, se intensifica la erección de monumentos laudatorios de episodios emblemáticos y héroes históricos o culturales. Por el otro, se puntúa el territorio de obras artísticas encargadas especialmente a creadores de renombre –Miró, Pepper, Lichtenstein, Oldenburg, O'Guery, Chillida, Botero, Tàpies, etc.–, destinadas a marcar los espacios recién troquelados. Pero cabe subrayar sobre todo la auténtica obsesión que los responsables de las iniciativas de monumentalización parecen experimentar por convertir determinados restos fabriles –sobre todo las grandes chimeneas– en verdaderas capillas de memoria colectiva. Y es así que ruinas industriales son insertadas, con frecuencia presidiéndolos, en los nuevos

paisajes arquitectónicos –como muchas de las hipnóticas "plazas duras"– con los que los diseñadores de la Barcelona olímpica se han ganado el prestigio internacional.

El destino de la arqueologización de ruinas industriales es el de conservar, enaltecidos, determinados elementos ideosincráticos de territorios sujetos a mutaciones urbanísticas. Una práctica lo bastante selectiva, por cierto, para no impedir la destrucción de edificaciones representativas pero no homologadas como rescatables, cuando no barrios industriales enteros, como Poble Nou. Aspecto éste que nos advierte de que toda política de producción de identidad requiere, en efecto, una institucionalización de la memoria, pero, precisamente por ello, al mismo tiempo una institucionalización igualmente severa del olvido. El escamoteamiento, la ocultación, el borrado de todos aquellos aspectos que pudieran resultar inconvenientes o inútiles en orden a significar pasa a resultar de la máxima importancia en la confección de una cultura urbana homogénea adecuada a los intereses en materia simbólica de las autoridades políticas y los poderes económicos. Porque implican un propósito pedagógico, destinado a dirigir la percepción y su puesta en valor por el vecino y el transeúnte, la arquitectura y el diseño urbanos en Barcelona están consagrados a hacer aprender de memoria un determinado orden del pasado, una gramática estandarizada y homogénea que exige el olvido o cuanto menos la devaluación de todo lo que no haya sido reconocido como pertinente desde los mapas mentales del Ayuntamiento y sus técnicos.

Los restos fabriles indultados, considerados como dignos de sobrevivir y ser enaltecidos, son colocados entonces *en su sitio*, rescatados justamente para *significar*, y para significar justamente el tiempo o, mejor, la elisión del tiempo. Como objetos "auténticos", es decir exclusivamente representacionales, la chimenea o el resto industrial monumentalizados tienen lo que le falta a los demás objetos funcionales que podemos encontrarlos en la ciudad: la capacidad de transportarnos a

realidades abstractas inexistentes en sí mismas – la infancia, la patria, la historia, el pueblo, etc.– de las que la verdad o la impostura son del todo irrelevantes a la luz de la eficacia simbólica que ejecutan. Lo que se busca con la acumulación casi religiosa de testimonios del pasado histórico son los signos visibles inequívocos de “aquello que fue”, puntos fulgurantes que rediman la miseria y el absurdo del espacio cotidiano, núcleos en los que dar con algo que nos hable de nuestra grandeza oculta o de lo que fuimos alguna vez: estigmas felices de “la diferencia”, aquélla que hace chispear lo que, caso contrario, no sería más que una inencontrable identidad política compartida.

A otro nivel, relativo ahora a los intereses en materia de legitimidad de los propios arquitectos y diseñadores urbanos, la preocupación monumentalizadora pretendería hacer comprensibles y mentalmente habitables los resultados de su propia tarea. No se olvide que el destino de estas estrategias de sacralización de la arqueología industrial suele ser el de conservar, enaltecéndolos, determinados elementos que se suponen ideosincráticos de todo territorio sujeto a bruscas transformaciones urbanísticas. Se trataría entonces de aplicar una fórmula destinada a facilitar la aceptación popular de una producción urbanística fuertemente dirigista, marcada por un cierto despotismo respecto de una opinión pública con frecuencia hostil a sus propuestas de especulación formal. Por medio de ciertas concesiones sentimentales, que las conciliarían con los marcos morfológicos y humanos en que irrumpen, se intentaría evitar que las expresiones de arquitectura o diseño ambiental más o menos “vanguardistas” fuesen percibidas como contrarias a los intereses y gustos de sus usuarios-consumidores. Un factor éste especialmente importante cuando la línea dominante en las intervenciones urbanísticas es la de repetir unos mismos esquemas formales estandarizados, de manera que la imagen singular de los barrios hasta hace poco claramente diferenciados tiende a recular en favor de una homogeneización

estética cada vez más descarada, paralela a aquella otra que se está produciendo a nivel orgánico y funcional. El objetivo de la monumentalización oficial de elementos no artísticos del entorno sería entonces el de influir en el tratamiento cognitivo que los habitantes vayan a hacer de las nuevas ofertas en materia de medio urbano, amortiguando la emergencia de disonancias estructurales, es decir oposiciones o resistencias con que pueden topar las intenciones de los administradores políticos o de los técnicos a sus órdenes. Tendríamos entonces, en resumen, que el establecimiento de elementos primarios o singulares basados en la memoria tendría como objetivo, entre otros, encontrar solución a conflictos derivados de la falta de comunicabilidad, comprensibilidad y popularidad de las innovaciones en materia urbanística.

Todavía podríamos atribuirle otra función a las concepciones monumentalizadoras que han servido para preservar elementos aislados del pasado fabril, anterior a las grandes dinámicas de terciarización: la de mostrar el pretérito de las ciudades que fueran centros industriales importantes, como algo superado, dejado atrás. Los grandes talleres convertidos en contenedores destinados al consumo, a la cultura o a una vivienda que raras veces es social, fueron –se viene a proclamar– lugares inhóspitos, malolientes, sórdidos, escenarios de la explotación, marcos para la lucha de clases. Helos ahí, ahora: limpios, polifuncionales, asépticos, reducidos del ruido y del humo, sin obreros sucios de grasa, sin patrones abusivos, sin huelgas. Lo que otrora fuera un paisaje terrible y al tiempo heroico, es ahora un apacible conjunto de instalaciones en que se exalta la derrota infringida sobre la mugre industrial y el descontento obrero. Esas chimeneas y restos de lo que fueron instalaciones industriales vienen a ser entonces, como ha escrito Juan de la Haba, un mera guarnición “al servicio de la nueva escenografía urbana, a través de la cual los barceloneses se encuentran confrontados con una imagen ideal de sí mismos, la imaginación

de una nueva ciudad postindustrial que se pretende limpia, sin humos, saneada, como si hubiese sido liberada de los maltratos del maquinismo. Lo que verdaderamente parecen significar e informar es de la pugna por una calidad de vida, eufemismo de la cultura de un capitalismo adelantado, de una metrópolis terciaria de nuevo crecimiento y nuevo consumo¹.

Acaso Barcelona encarne un episodio más de los esfuerzos que todo orden político ha hecho siempre para imponer sus discursos de homogeneización, centralización y control sobre la tendencia de todas las ciudades al enmarañamiento. Frente al murmullo de la vida urbana la política ha venido procurando ocultar lo intruso de su presencia, para acabar por establecer como incontestables y sagrados sus planes de esclarecimiento y fiscalización. Se reproduce, en clave posmoderna y en un plano ahora preferentemente semántico, una operación parecida a la de reforma urbana mediante la que se intentó acabar con la actividad tanto de las "clases peligrosas" como con las grandes luchas sociales que habían conocido a lo largo del XIX las grandes ciudades europeas, y que consistió en el trazado de grandes ejes, la instauración de la iluminación nocturna y la destrucción de lo que entonces se llamaron "islotos malsanos", al tiempo que se llevaban a cabo los grandes censos mediante los que se pretendía conocer exactamente la composición social de la población.

El objetivo, antes como ahora: hacer de la ciudad un verdadero escenario de la transparencia que todo control exige para ejercerse, constituir las bases escenográficas, cognitivas y emocionales de una identidad política que reduzca a la unidad la pluralidad incontable de apropiaciones prácticas y sentimentales de que los espacios urbanos son permanentemente objeto, la pluralidad de eventos y situaciones, de ramificaciones, de líneas, de bifurcacio-

nes. Movimiento perpetuo, ballet de figuras imprevisibles, heterogeneidad, azar, rumor, interferencias... Barcelona. Es negando esa ciudad líquida que el orden político instaure su nueva religión de la Acrópolis, la sólida patria recién inventada que llama a lo distinto a acudir al cobijo de sus presuntas certezas y, finalmente, a morir y disolverse en ellas.

1 de la HABA, Juan. 1999. *La ciudad y sus metáforas. Formulación ideológica y procesos de reestructuración urbana en la Barcelona contemporánea*. Barcelona: Astrágalo. Pp. LVIII-LIX.